|  |
| --- |
| **La madre de verdad** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 02 / 2005 |
| Es una de esas historias que iluminan, por su fuerza, pero también por su aparente inverosimilitud, el sentido de la vida, y captan, por lo menos momentáneamente, lo esencial, lo central, lo inapelable.  Es una mujer que ya pasa los 70 años. En sus ojos todavía brilla la chispa de travesura que llevó a lo largo de toda su vida y en las pocas veces que aun ríe, sus carcajadas resuenan con fuerza y espontaneidad.   No pudo concebir. Su natural capacidad de dar cariño se volcó hacia los hijos de otros, en especial un sobrino. Hasta que decidió adoptar. El niño de sus sueños llegó para dar alegría a su hogar y sentido a una vida llena de aventuras, sufrimientos, peripecias.  Pero nunca pudo hacerse a la idea de tener que comunicarle a su hijo que ella era su madre de verdad, aunque no lo había llevado en su seno ni lo había parido. Desde los primeros momentos, sus cuidados contenían, además de la protección y el engreimiento, una valla en contra de la verdad.  Fue tal su temor, que a medida que el niño fue creciendo y, por lo tanto, haciéndose mayor su capacidad para investigar y expresar curiosidad, era más su sufrimiento que el placer de criar. La madre de nuestra historia –total y absolutamente real- llegó a la conclusión que debía llevarse lo más lejos posible al niño de sus amores para alejarlo radicalmente de las fuentes de información que podían convertirla a ella en una “madre de mentira”.  Y se fue. Se fue con él, dejando muchas cosas. A su pareja, a su entorno y a las redes de cariño que se habían construido alrededor de ese pequeño. Y al mismo tiempo, de una historia destinada a ser desconocida.  No es que les haya ido mal en el país al que emigraron. Ella rehizo su vida de pareja y le dio al chico una vida con todo lo que los seres humanos podemos esperar, en lo material y sentimental.  Ahora, ella se da cuenta de que, a pesar de sus esfuerzos, hay pistas, interrogantes, misterios y cabos sueltos que angustian a su hijo, ya casado -le ha dado nietos- que éste no se atreve a plantear. En una carta a una prima lejana, el único vínculo que guarda con su país de origen, éste confiesa que sabe que hay cosas que no conoce acerca de sus progenitores, pero que sólo hay una cosa cierta: “mi mamá es mi mamá de verdad”. Pero no se lo puede decir, porque intuye que es un tema imposible de poner sobre el tapete.  Para poner la cereza de ironía, el joven –que pasa los aprietos económicos propíos de la época- tendría derecho a reclamar una herencia en el país donde fue adoptado. Ello no es posible, no por la adopción, sino porque el proceso supondría remover el pasado y, eventualmente, tener que hacer y responder preguntas sobre su origen biológico.  ¿Qué tenemos? Una madre con terror de ser madre de mentira y que para ser madre de verdad –cosa que lo es una y mil veces, pero no lo sabe- le quitó a su hijo una porción de su pasado, por lo que se arrepiente enormemente. Un hijo que es el único que podría devolverle la paz haciéndole saber lo que siente por ella, pero que no se atreve a preguntar. Una herencia que no encontrará su lugar, en el sentido metafórico y literal. Decididamente, escapar de la verdad la hace más presente, sólo que a manera de venganzas trágicas. |
|  |